

per alzado el trono de la mentira y aglomerar en su alrededor todas sus fuerzas por sostenerte. Concluímos pues, con asegurar á los perseguidos de nuestra afecion, á los perscguidores nuestra indulgencia; la primera nos la prescribe el carino, la segunda la caridad; que el Señor derrame sobre todos su gracia para que los unos por medio de la resignacion, y los otros por medio del arrepentimiento, sean dignos todos de gozarle en la eternidad, sirviéndole y adorándole en el mundo. Tal es nuestro deseo; tal es nuestro objeto, y por eso elevamos al Señor nuestras preeas. ¡Quiera Dios que sean bien admitidas! ¡Quiera el Espíritu divino inspirarlas y la Madre del Amor Hermoso recogerlas! Entonces habremos llenado en parte la misión sacerdotal á que fomos llamados. En tanto pedimos perdon si hemos olvidado á alguien, protestando que perdonamos á cuantos nos hayan olvidado, y bueno ó no bueno, cuanto llevamos escrito lo sometemos al fallo de la Iglesia católica, apostólica romana, en cuyo seno hemos nacido, cuyas doctrinas scratamos, y cuya fe profesamos, y en ella queremos vivir y morir, porque sin ella no hay felicidad, última advertencia que hacemos á nuestros amigos y á nuestros enemigos.

plata montes, y aquellas castillos, aquellas torres, aquel movimiento guerrero y atorador que se agita continuamente en torno de aquellas montañas levantadas por la fuerza, nos dicen que la conducta conseguida por la fuerza, todavía no es suficiente de un auguriento trinito, encomianda al acero el cambio de perpetuidad. ¡Bastantemente los castillos del clero habian conseguido mucho para aplacar á los conquistadores, introduciendo en ellos el espíritu del Evangelio, y enseñando á hacerlos brillar en las costumbres, en la resignacion, y en los edificar esta hermosa virtud, habian logrado aplacar aquellos corazones un dia insensibles á la voz

EPILOGO.

Quando consideramos á los pueblos del Norte que sobre sus carros y con la punta de sus aceros se habian dividido los despojos del pueblo rey, dejar sus costumbres nómadas, y establecerse en ciudades, edificar castillos y murallas para su defensa, y para subyugar y esclavizar los vencidos; cuando vemos al inculto habitante de el Don y del Cáucaso enseñoreándose de las mas fértiles y codiciadas provincias de Europa, y hacer servir á su lujo y vanidad sus mejores palacios, sus mas amenos jardines, sus mas hermosos verjeles, un movimiento involuntario nos lleva á considerar los inmensos trabajos que el clero practicó para civilizar su rudeza; pero repasando la historia hallamos que no por esto lo habia conseguido com-

pletamente, y aquellos castillos, aquellas torres, aquel movimiento guerrero y aterrador que se agita continuamente en torno de aquellas moradas levantadas por la fuerza, nos dicen, que la conquista conseguida por la fuerza, todavía no satisfecha de su sangriento triunfo, encomienda al acero el cuidado de perpetuarla.

Efectivamente los esfuerzos del clero habian conseguido mucho para aplacar á los conquistadores, introduciendo en ellos el espíritu del Evangelio, y enseñándoles la caridad: haciendo brillar en las costumbres, en la legislacion, y en los códigos esta hermosa virtud, habian logrado ablandar aquellos corazones un dia insensibles á la voz de la humanidad; pero habian pasado ya los primeros momentos y el imperio de la dulzura habia cedido el puesto á la ferocidad, la ley del sable empezó á sobreponerse á la de la caridad, y el mismo feudalismo apareció en el mapa de las naciones con todos sus horrores, con todas sus violencias, con toda su deformidad; entonces el clero se prepara á combatirle, y para contrarestar el imperio de la fuerza llama en su auxilio el de la razon, y así la fuerza moral y la física se hallaron frente á frente; desde este momento el señor feudal es el hombre de los privilegios y de la opresion, mientras puesto al frente del pueblo el sacerdote pone todos sus esfuerzos por conquistarle privilegios, y sacar al vencido del cieno de su opre-

sion, y elevarle á su dignidad, colocándole en el sendero que habia de encumbrarle al apogeo que le vemos en el dia.

Sin duda alguna habia hecho mucho, y adelantado mucho la Iglesia para llevar á término su objeto, pero le faltaba mucho que hacer todavía, y tenia que arrostrar muchos peligros y esponerse á grandes pruebas para dar cima á su obra. Empeñado así el combate, la Iglesia se vió envuelta en un torbellino de desgracias, y bien pronto sus protectores, y los que dotaban las iglesias pasaron del título de patronos al de opresores, llevando la intrusacion al último grado del exceso, de donde surgieron las investiduras con todos sus horrores, con todas sus deformidades, con todas sus tristes consecuencias, sirviendo las lanzas que debian proteger la Iglesia con un justo y laudable patronato, para tiranizarla y oprimirla hoyando sus leyes sacrosantas y conculcando sus inmunidades y privilegios, haciendo así nula su independencia. Entonces, en medio de tamaños desastres, el clero se prepara á luchar para salvar sus más caros objetos, y en los comicios y concilios, combatiendo, se hace superior, y estendiendo el imperio de las ideas consigue al fin establecer el suyo elevando el poder espiritual, y suscitando la division del temporal, proclamando la independencia del espíritu y su superioridad sobre la fuerza bruta, sobre la ley del acero, sobre el de-

recho de la fuerza, establece el imperio de la razon y de la conciencia, y garantiza la libertad individual, preparándola un asilo á la sombra de la Iglesia, y bajo la égida de su escudo, impenetrable á los tiros de la opresion y de la tiranía.

La opresion se tuvo por una injusticia, y en vano los franceses quieren atribuir á Carlo Magno la gloria de haber opuesto un dique á las invasiones, ésta pertenece al clero; él fué quien por medio de la predicacion fijó límites á las correrías de los escandinavos y normandos, él quien hizo deponer las armas en Inglaterra á los sajones, y quien tremoló la cruz sobre los minaretés de la Alhambra, relegando á los hijos de Alá al otro lado de los mares, él, en fin, quien estableciendo el derecho de gentes, puso en comunicacion los pueblos, haciendo cesar las bárbaras distinciones y rivalidades que armaban unas contra otras las naciones ante la hermosa bandera del que dijo: todos los hombres son hermanos, ante la hermosa doctrina que establece que todos fuimos redimidos con la sangre del Hijo de Dios sin distincion de pueblo, reino ó nacion. Con esta doctrina el clero salva la independendencia del hombre, y emancipándose las ciudades llega un dia en que el mundo que esclavizara la Roma gentil por medio de sus legiones y orgullosos patricios, apareció libre por los esfuerzos que hizo el clero de la Roma católica, de esa misma ciudad que con tanto descaro

se llama el foco del despotismo, el centro de la tiranía.

Entre los abusos del poder, cuando los señores no querian conocer superior, la Iglesia establece el derecho de apelacion, estiende los tribunales permanentes y favorece el derecho de discusion, y de este modo opone un valladar á los abusos de la autoridad y la circunscribe á sus límites, asegurando así la paz interior de los pueblos, mientras civilizando la Hungría, la Polonia y los tres reinos Escandinavos asegura de incursiones la Europa. Suyo es exclusivamente cuanto bien disfrutó la Europa, cuyas son la civilizacion y las garantías sociales, cuyas las instituciones que la elevaron y pusieron al frente del mundo, suyos son los derechos que garantizan las haciendas y personas, suyo, en fin, cuanto la ilustra y la enaltece.

Sin embargo, vemos que con el mayor encono se propala y moteja al clero de cruel y depresivo, y á tanto cinismo, desmentido, por los hechos, se dá crédito por los favorecidos, insultando y motejando cuantas instituciones el clero planteó para su bien; así vemos que combate el celibato, sin tener en cuenta que al establecerle la Iglesia hizo un bien social de las mayores consecuencias, pues al par que impidió todos los males con que un clero de raza aflige los pueblos que domina, se proveyó de una milicia siempre dispuesta á llevar

la civilizacion y el Evangelio á todas partes, á velar en el lecho del moribundo, á dispensar sus cuidados á los que se ven atacados de peste, prostrados en el lecho del dolor, á velar por el pobre; de una milicia que tiene el mundo por patria, la humanidad por familia, y los indigentes y afligidos por hermanos; de una milicia, dispuesta á sacrificarse por todos, y á dispensar á todos sus cuidados; lo que no podria hacer si tuviese una esposa que atender y familia é hijos de que cuidar, como sucede en el clero protestante, clero egoista, avaro, cruel, despótico, para quien la caridad es un nombre y la sociedad una mina que debe esplotar, sin mas trabajo que utilizar en su pro todos sus elementos de prosperidad, que no protege ni cultiva, y que solo utiliza en su bien egoista; y sin embargo, este clero, que mientras los católicos se sacrifican en las misiones, permanece mero espectador, y entre la molicie y los placeres, es el clero que se encomia por nuestros filósofos empeñados en deprimir el católico, que tanto bien les hizo, que tanto se sacrifica por la humanidad, que tanto se desveló por civilizar el mundo.

Así fué como, dominado por la caridad, puso en juego todos los elementos civilizadores, y á todos estendió sus cuidados, á todos dispensó su proteccion, á todos consagró sus trabajos; la literatura es suya, las ciencias, las artes, todo se lo de-

ben; á él deben su elevacion, á él su progreso, á él su apogeo, él llevó á todas partes su influjo, y en el esterilizado campo del mundo no hay institucion humanitaria, civilizadora ó social, que no deba al benéfico rocío de sus cuidados su fragancia y lozanía, él las vivificó con la savia de sus desvelos y de su caridad, él las hizo servir de ornato en el jardin de la sociedad, y él las llevó al grado de perfeccion en que las admiramos, legándonos esa ley de progreso en que todas las grandes y útiles concepciones han contribuido al bien de la sociedad, no habiendo escapado á su penetracion nada útil y provechoso, nada de cuanto podia elevar y enaltecer el hombre, y llevar la humanidad á su perfeccion, á su poder, á su grandeza. Veámoslo.

Conociendo y considerando el clero la literatura como un poderoso agente para civilizar los pueblos; y viéndola en una casi total decadencia, y al borde de su ruina, se propuso mejorarla y enaltecerla; así es que, desde la poesía hasta la oratoria, á todo estendió sus cuidados, á todos los ramos llevó sus desvelos, á todas las clases prodigó sus auxilios y consagró su atencion. En el púlpito hizo brillar su elocuencia y su voz recordó la de los Demóstenes y Cicerones, la de los Naciancenos y Ambrosios, la de los Damascenos, Atanasios y Agustinos. El clero enalteció las lenguas, y en todos los paises vemos á los concilios encar-

gando al sacerdocio el cuidado de instruir á los demas, é imponiéndole esta obligacion como un deber anexo á su ministerio: merced á tanta solitud, á tanto cuidado, á tan grande esmero, la ilustracion se propagó entre el pueblo, y de sus filas salieron hombres eminentes que hicieron florecer la literatura y contribuyeron á la civilizacion de los demas. El clero fué el que inspiró ese amor por las letras, el que hizo que Teodorico, á pesar de su repugnancia hácia ellas, las protegiese, y tanto, que instituyó la dignidad de conde de los arguratos, y empleó sus ocios en oír á Casiodoro, abriendo cátedra de gramática, retórica y jurisprudencia en el capitolio. El fué quien hizo que los bárbaros protegiesen la escuela de Milan y las de la Liguria, que los Merovingios acogiesen á Fortunato, y que Cunisberto regalase un baston de gran valor al gramático Félix. A su sombra florecieron Casiodoro, Boecio, Ennodio, el epigramático Luxorio, y los poetas Faunio, Corippo, Eucheria, el español Crienzo y el obispo Avito, á quien Milton imitó en su *Paraiso perdido*, con otros mil que seria prolijo enumerar, todos los cuales salieron de las filas del clero, que al mismo tiempo estendia y se consagraba á los demas ramos de literatura, de que son buen testigo é irrecusable prueba los escritos de S. Fulgencio, obispo de Ruspa, de S. Remí, de Fausto abad de Lerins, de S. Cesáreo, obispo de Arlés, S. Colombano

y de Lorenzo, obispo de Novara, con otros muchos que, consagrados al trabajo y al bien de la sociedad, todo lo emprendieron, todo lo llevaron á cabo, y ni perdonaron fatigas, ni trabajos por el bien de sus hermanos y la ilustracion del mundo, que un día habia de desconocer su mérito y acriminar sus trabajos acusándole de ignorante, de iliterato, de fatuo, holgazan y poco ilustrado, sin tener en cuenta que él solo cultivó las letras, las protegió y colocó en el sendero que las habia de llevar á su perfeccion.

En la historia tenemos que apenas hay una nacion que no deba al clero la suya. El obispo Víctor escribe la persecucion vándala, Gildas los acontecimientos de Bretaña, Dionisio Exiguo un ciclo pascual, el obispo Jornandes la historia de los godos, Víctor prosigue la historia de Aquitania, Mario la crónica de Próspero, y sin los trabajos del monje Juan, de S. Isidoro, de S. Braulio, de S. Ildefonso, del monje de Silos, del Pacense, del arzobispo D. Rodrigo y de otros mil, muy poco sabriamos de la nuestra. Epifanio hace la historia tripartita, á Florencio debe Francia la suya y así sucesivamente en los demas países cuyos hechos sabemos, merced á los trabajos del clero, cuya gloria hoy combaten los que presumen, que nada bueno puede hacer aquel estado á quien todo lo bueno debe el mundo, todo lo útil, todo lo civilizador.

Sin embargo, la literatura se corrompió, merced al feudalismo, y se hizo de ella una arma de seducción, un canto adulatorio; poetas y trovadores discurren por los campos y las ciudades, se introducen en los palacios y castillos, y la lira de Apolo suena envilecida para cantar impuros amores, mezquinas pasiones, vicios execrables; entonces el clero acude en socorro de la moral vilmente ajada y deprimida por impúdicos juglares, y con el fin de apartar al pueblo de su malévol influencia, y de preservar sus almas de la corrupción que á ellas llevaba tanta degradación, tan infernal lectura, crea las leyendas, y en ellas aparecen las piadosas tradiciones de Ceran, el Prado Espiritual de Mosch, con otras mil obras que, perfeccionándose poco á poco, pasaron á ser del gusto popular, cuyos individuos se entregaban de mejor gana á leer piadosas inspiraciones que lascivas trovas, y de este modo salvó la literatura elevándola á su dignidad. El clero, aprovechó y tomó de aquí ocasión para mezclar en ellas toda la hermosura de la moral, cuya severidad adornó con las galas de la poesía; y de este modo, uniendo lo útil á lo delicioso, como dice el poeta, supo hacer popular una leyenda destinada á corregir las costumbres y á curar las llagas que en las masas populares y en la sociedad habian abierto el extravío y cinismo de los impuros trovadores, desterrando de los banquetes cuanto podia contribuir

á rebajarlos hasta la mísera y deplorable condición de orgías, y colocar los castillos y palacios en la triste esfera de lúbricas cloacas é inmundos lupanares, de que son irrecusables testigos la trágica historia de Macías, de Vidal de Tolosa, Ponçe de Capdeiu, Hugo de Bachelerie, Bernardo de Ventadour, Pedro Cardenal y otros, que seria prolijo enumerar, cuya vida y trovas son un fiel reverbero que publica la decadencia y estraviado objeto á que habia llegado y se consagraba la literatura, y que justifican el fin honesto de las leyendas y lo útiles que fueron á una sociedad que por tan perjudicial sendero se precipitaba en la abominación y marchaba á su ruina. Es, pues, indispensable confesar, que ellas fueron un medio poderoso para inculcar en el pueblo ideas de moral, que fueron un excelente vehículo por donde se inocularon en él sublimes preceptos y excelentes máximas, que le hicieron probo retrayéndole de los vicios y desordenados instintos, que las trovas ensalzaban, haciéndole contemplar en aquellas vidas de santos los héroes de la caridad, los frutos de la religion, las inmensas dulzuras de la virtud y los socorros y poderosos auxilios que la gracia dispensa á sus protegidos, con lo cual al mismo tiempo que inspiraban inclinación á los castos amores y á las costumbres puras, hacian concebir un santo horror al vicio y á los placeres desordenados. En aquellas leyendas todo respira-

ba caridad, caridad para con los hombres, caridad para con los animales, caridad como el medio de dulcificar las costumbres y amansar la ferocidad de los corazones, caridad, en fin, como el agente mas poderoso y el mejor amigo de la sociedad y de la civilizacion.

De las leyendas surgen los romances, y bien pronto cuando los poetas seculares los extravian y convierten en armas de inmoralidad, acude el clero á su reforma y los emplea en celebrar los héroes de las naciones que siempre visten adornados de eminentes virtudes cívicas y religiosas para inspirar entusiasmo, amor á la patria, y ese heroísmo que tanto enaltece al hombre y que tan bien cuadra al héroe cristiano. El clérigo Wase en la historia de los Bretones, en la descripción del duque de Normandía y de Guillermo el Conquistador de Inglaterra, el Amadis de Gaula de Vasco de Lobeira en Portugal, el poema de Fernan Gonzalez y el del Cid en Castilla, los cantos del dominico Izaru en Francia contra los albigenses, el Guillermo III de Aquitania, Emerico de Pequilain en Italia, los cantos á la Virgen, las historias de Fierabras, de Perceforest, la Vida nueva, el retablo de Cristo, y otros mil poemas de esta época nos dicen mas altamente que la elocuencia mas sublime, cuánto trabajó el clero por atraer la poesía á su verdadero camino, y por hacerla servir en beneficio de la patria y de la ilus-

tracion, de la humanidad y el Estado, al mismo tiempo que la elevaban y enriquecian y la colocaban en el progreso que habia de llevarla á su perfeccion, para hacerla servir á lo útil y honesto, á la santidad y á la virtud, á la perfeccion moral de la sociedad, que es el mayor de los bienes que puede hacerse á los Estados.

Pasando á las ciencias vemos los inmensos adelantos que en ellas hizo el clero y apenas aparece una verdad, un adelanto, una tesis que no fuera de ellos conocida; en sus obras se ven enunciadas las ideas que este siglo adopta por suyas, y las tiene como su divisa especial, y que, á pesar de haber formado mas de cuatro reputaciones, de nuestra obra aparece, que su descubrimiento es enteramente de otros siglos, y su invencion de otros hombres. Roger, Bacon, Escoto, S. Buenaventura, santo Tomas y otros célebres eclesiásticos enriquecieron el mundo científico y le honraron con sabios adelantos; en sus obras aparece la fuerza de inercia, allí las teorías de la luz y de los colores, allí el vapor, allí la gravedad, allí la atraccion, allí el movimiento de la tierra, allí el sistema planetario con la formacion de los meteoros y del Iris; ellos enriquecieron con plantas utilísimas la agricultura y la botánica, ellos abrieron al comercio nuevos mercados, al mundo nuevos paises, y así ilustraron la geografia y la historia, ellos elevaron la medicina, hicieron florecer la legisla-